

Prostitución infantil. Inhalación y miedo

Sandoval-Vera, Marlene del C.

Marlene del C. Sandoval Vera: Trabajadora social chilena. Especialista en Comunicación, Sociología de la familia y Proyectos de desarrollo local. Impulsora y actual directora de CERSO (Centro de Estudios y Rehabilitación Psicosocial) y de la Villa Suecia Olof Palme; iniciativas que han surgido con el aporte del pueblo y gobierno suecos.

En nuestro continente, la prostitución no es una actividad que hombres, mujeres y menores realicen libremente como una opción de vida. Resulta evidente que la prostitución pasa a tener connotaciones de «actividad de sobrevivencia» y por tanto se encuentra ligada, en sus aspectos generales, a la dependencia y subdesarrollo que sufren nuestros países por un lado y, por otro, a la inseguridad en la vida cotidiana, las guerras, la cesantía, las dictaduras con todas sus formas de relaciones socioeconómicas represivas, que generan alteraciones profundas en las conductas sociales y/o individuales de los habitantes de un país.

La prostitución ha sufrido variaciones en el último decenio. El concepto de prostitución genera la idea de lenocinio-regentamujer adulta-prostituta, cliente, dinero, alcoholismo-vicio. Si se quiere, esas asociaciones corresponden a una etapa histórica ya superada.

En Chile, por ejemplo, ya no es necesario el prostíbulo y una mujer adulta para que se realice una transacción sexual. Basta un automóvil, un lugar apartado, el acceso discreto a un edificio y una niña o niño; un ser humano en desarrollo, débil, hambriento y desorientado. Tampoco es necesario el dinero, bastan golosinas, promesas y pagamento con benceno al cual son adictos cientos de menores y adolescentes.

Estamos hablando de un trueque en el que participan hombres de distinta condición social, la mayoría de las veces con recursos económicos, y una menor.

En nuestro trabajo, hemos detectado niñas de 6 ó 7 años que trepaban en los automóviles para acompañar a sus hermanas, 2 ó 4 años mayores que ellas, mientras vendían caricias por las que recibían dinero. No siempre se produce un contacto sexual, pero hubo casos de violaciones. Aparentemente, los usuarios de menores, se cuidan de no dejar huellas de brutalidad y se esfuerzan por crear un clima de dependencia, de subordinación, de acostumbramiento. Es decir, plantea una situación de mercado en la que se enmaraña a sus víctimas.

Según informes de Defensa Internacional del Niño y de la Unión Central para la Protección de la Infancia de Finlandia (1986) la prostitución infantil sería un fenómeno común en Chile y Colombia, dentro del actual contexto latinoamericano.

Creemos que existe una relación proporcional entre el aumento de familias excluidas, niños de y en la calle, y la aparición y permanencia del fenómeno de la prostitución infantil*.

Chile, una cruel realidad

Acercarme a los grupos de menores fue difícil. Mi país sobrevivía una dictadura y yo era una retornada del exilio. Una de las primeras con autorización para ingresar desde Managua, en 1983, lo cual era como un experimento frente al futuro incierto y el desconocimiento absoluto de lo que duraría mi vida.

En el exilio, y en mi calidad de refugiada de la ONU, trabajé en la implementación de un proyecto para hijos de funcionarios públicos del Ministerio de Hacienda y Tesoro de Panamá, durante el gobierno del general Torrijos y, posteriormente con AMNLAE (Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinoza) en la zona de Carazo, con mujeres y niños refugiados salvadoreños y de aquella zona de Nicaragua.

En julio de 1983, Jacqueline Cuevas, compatriota chilena, encargada del Proyecto de Rehabilitación de Prostitutas dependiente del Instituto de Seguridad Social y el Centro Antonio Valdivieso de Nicaragua, me invitó a participar en dicho proyecto. Cuestión que considero definitivamente clave, fundamental en mi desarrollo profesional.

Por esas mismas fechas, me entero de un aspecto concreto y dramático de la realidad de Chile, por aquel entonces lejano y esquivo: la prostitución infantil. Fue mediante un periódico que alguien, de paso, llevó desde Chile.

El impacto que sufrí fue de tal magnitud, que alcancé la firme determinación de regresar a mi país para trabajar en favor de esas niñas y adolescentes, víctimas de un modelo social y económico absolutamente deshumanizado.

El trabajo concreto

Acercamiento a las niñas y adolescentes prostituidas. - Sus características más relevantes.

Comienzo en marzo de 1984 a recorrer las calles de Concepción** primero para familiarizarme con ella, pues nunca había estado allí y segundo para observar el desplazamiento de distintos grupos humanos fácilmente indentificables. Disfrazando mis verdaderos propósitos, para eludir posibles interrogatorios de la policía militarizada o los servicios secretos de la dictadura, fui obteniendo información de las propias menores. Información que debía guardar celosamente, y que fue, a su vez, creando una estrategia de llegada y permitiendo la necesaria retroalimentación. El desafío era crear un clima propio para frecuentes encuentros y poco a poco alcanzar grados de confianza mutua.

En aquel tiempo reunirse con menores prostituidas no era una situación que sacudiera las estructuras políticas y las oficinas defensoras de los derechos humanos. Nuestra sociedad estaba lo suficientemente aturdida para no darse cuenta de la existencia de menores en las calles expuestos a tantas desdichas. Hablar en voz alta sobre esos temas suponía, al menos, discrepancias con el «perfecto modelo económico» impuesto por la dictadura.

Tres veces por semana, durante tres meses, me paraba en las mismas esquinas y recorría las calles que frecuentaban las menores. Desconfiaban de mí; pensaban que era policía. Paciencia y perseverancia sirvieron para obtener un mínimo de aceptación. Escapar junto a ellas de las redadas de la policía de civil y uniformada, sirvieron a aquel propósito.

Luisa, una de las adolescentes en la calle, acepta conversar y «trabajar en algo diferente». Le propongo juntarnos al día siguiente por la tarde y hacer algunos dibujos. Acepta, luego rechaza el lugar de la cita: una iglesia, pues tiene miedo. No disponía de otro lugar y, para reparar mi error, la invito a la pieza donde yo vivía.

La batalla principal había transcurrido. Sabía que esa primera conversación en otro territorio era clave. De alguna forma, otras niñas observaban con curiosidad los acontecimientos.

Características de las niñas

Los primeros meses de observación en terreno dieron como resultado lo siguiente:

- Al menos en el área urbana, de la provincia, más precisamente en el centro de la ciudad de Concepción, era posible identificar menores cuyas edades fluctuaban entre los 9 y 14 años de edad.

- Que para llamar la atención, imitaban comportamientos y poses, al caminar y pararse en la vía pública, que corresponden a la tipificación ordinaria o vulgar que se tiene de la prostituta adulta.

- Que se maquillaban de forma muy exagerada, no importándoles que su vestuario correspondiera en parte o totalmente al uniforme escolar.

- Por las tardes o al anochecer, justificaban su presencia en el centro de la ciudad, como vendedoras ambulantes de golosinas, con la complicidad, desde luego, de mujeres mayores que efectivamente se dedicaban a esa actividad de sobrevivencia fuertemente reprimida por la policía.

- Que todas provenían de sectores de extrema pobreza, de poblaciones marginales.

- Que en un 80% de los casos, la madre o algún familiar las enviaban a la calle a pedir limosna. El 20% restante provenía de grupos o pandillas de adolescentes de la calle. Estas últimas, hacían un esfuerzo más o menos exitoso de ocultamiento de su condición de menor prostituida. (Más o menos, se puede señalar el siguiente fenómeno: para los niños y adolescentes de la calle, en ese momento histórico y por algún razonamiento sociológico, la prostitución de sus iguales era considerada como un hecho malo, condenable. Por tanto, la menor prostituida, pasaba al eslabón inferior de sus clasificaciones, después de las neopreneras adictas a la inhalación de pegamento - que «lo hacen para no tener hambre ni frío»).

- Que para el ejercicio concreto de su actividad de sobrevivencia, preferían como clientes a aquéllos que las requerían desde un automóvil y, para aminorar los riesgos en el vehículo, se hacían acompañar por dos o tres niñas más pequeñas, que las «cuidaban» y, de paso, eran iniciadas de esa forma en la actividad.

- Que eran reacias a aceptar la invitación de un peatón o un hombre con apariencia de trabajador, pues suponían que no tenía dinero. (La propia práctica les demostró que el automóvil no era sinónimo de «tener dinero para pagar» o un comportamiento «decente», no agresivo).

- Que poco a poco perdían la capacidad de manejar el medio en el que sobrevivían pues, una y otra vez, eran víctimas de individuos que las atraían mostrándoles solamente un envase de pegamento para inhalar, que no les daban dinero y que las maltrataban dejándolas abandonadas en cualquier lugar.
- Que una parte del grupo en actividad no se estaciona en las esquinas sino que camina pidiendo limosna y logra relacionarse de manera más o menos estable con un grupo reducido de clientes habituales. (Desde luego este comportamiento se altera con la presencia de turistas, marineros extranjeros, etc.).
- Que a diferencia del grupo anterior, algunas prefieren salir hacia las carreteras o rotondas de alto tráfico para conseguir clientes entre choferes, personal de camiones, etc.
- Que junto a los grupos anteriores, también existe un número indeterminado que permanece por temporadas en lenocinios, especialmente en el sector portuario. Desde luego, por sus condiciones de menores de edad (en Chile 18 años), no tienen ningún tipo de control de salud y están expuestas, más que las adultas, a contagios e infecciones venéreas y similares. Por otra parte, se les reprime a ellas por las infracciones legales que el o la regente del local comete al permitirles ingresar a un recinto de ese tipo, siendo menores de edad. (Entonces se las detiene y encarcela por «ejercer la prostitución»).

Sólo algunos de los grupos enumerados, tiene conciencia real del tipo de actividad que realizan. Entre las razones que indican como justificación, podemos citar:

- Ocasionalidad derivada de la necesidad de tener dinero para comprar golosinas y otros objetos que se venden en la vía pública.
- Tener dinero para salir de la población en que viven; necesidad de conocer otros sectores y permanecer más tiempo en el centro de la ciudad.
- Realizar la actividad como demostración de valentía, de «choreza» en el decir de ellas mismas. Como un mecanismo agresivo hacia el medio social.

También existe una categoría de menores que ha ingresado a algún tipo de prostitución infantil, como producto de violencia sexual sufrida en períodos anteriores dentro de su propia familia.

No obstante haber puesto centralmente la atención en las niñas y adolescentes víctimas del problema, el perfil de los hombres que abusan de ellas es inverso. Por lo general no se trata de individuos del bajo mundo, delincuentes o perversos que se ocultan en el misterio de las sombras de la noche. Hemos podido observar individuos de aspecto formal, aparentemente padres de familia, trabajadores de nivel medio, que son los que con mayor frecuencia recurren a distintas formas de atraer a las menores para abusar de ellas.

En los últimos seis años, hemos trabajado con cuatro mil menores. De los cuales dos mil presentaban agresión y abuso sexual básicamente. El 50% restante, son menores en alto riesgo con fuerte incidencia de inhalación de pegamento, cierta adicción al tabaco y al alcohol.

Mayoritariamente el trabajo se ha realizado con menores mujeres, prostitutas, con sexualidad primaria sin connotaciones afectivas.

Aparecen también en el escenario callejero hombres y mujeres de «buena voluntad» que reclutan menores para llevarlos a sus casas a dormir. Las propias niñas han denunciado utilización sexual y traslado a otras ciudades para ser inducidas a la prostitución en establecimientos clandestinos. Se las obliga a bailar, cantar y «atender» a los clientes. Frente a este tipo de tráfico y comercio sexual, algunas menores decían: «Nosotras somos las malas porque nos metemos con los hombres. La señora 'X' es buena nos da cama, comida y nos podemos bañar».

En otros casos, detectamos a individuos solos, algunos jóvenes, cuidadores de estacionamientos o edificios que exigían retribución sexual por proteger a las menores en el recinto, del frío o de las redadas de la policía. Algunas de las menores manifestaban cierto agradecimiento por este tipo de 'protección'.

De dos mil niñas, el 75% había sido violada. Un 15% de ese porcentaje incluía incesto; el 25% fue presionada por el medio e inducida a la prostitución. El 10% no sabía leer ni escribir.

Mayoritariamente eran menores provenientes de otras zonas de la región o el país, que se desplazaron junto a sus familias, o por su cuenta, para buscar trabajo. Ninguna sabía exactamente la fecha de nacimiento, ni el día de su cumpleaños; se cambiaban nombre constantemente. Pese a su apariencia agresiva, desconfiada, una de las menores lloró desconsoladamente cuando le regalamos una muñeca. Nunca había asistido a la celebración de cumpleaños.

El tema del sexo y la sexualidad en las menores

En general es un tema que provoca nerviosismo, risas, codazos, cierta vergüenza. Se le asocia con situaciones dramáticas, sucias, ocultas; con el demonio y la fatalidad. La influencia religiosa, en términos de castigo y condena siempre aparece de una u otra forma. Lo sexual es agresivo y hace daño, sobre todo con la incorporación de lo relativo al Sida.

Frente a la búsqueda, en la calle, de niñas cada vez menores de edad, para el abuso sexual, dicen: «No nos queda otro camino... nacimos con mala suerte».

Consultada una joven prostituida, de 15 años, sobre sus clientes, señaló:

- Casi todos son casados.
- No usan condones, no les gusta.
- No besan ni hacen cariño, a veces me echan del auto, después se enojan... todo es muy rápido. Al preguntarle ¿por qué lo haces? respondió:
 - Para ayudar a mi mamá.
 - No tengo qué hacer.
 - Porque me gusta, pero no sé qué me gusta...

Aquella menor ha ingresado a un programa de rehabilitación en el Centro Olof Palme, dependiente de CERSO. Llego un día sábado a la oficina de la institución y dijo:

«No puedo más». No le preguntamos nada. Consideró nuestra oferta, y a los dos días regresó para quedarse en el programa de atención a adolescentes.

El 95% de las niñas y adolescentes desconoce la vivencia del clímax; un 5% señaló que algo «raro como que se enloqueció, le pasó una vez». Estaban conscientes, de manera intuitiva, que en el acto sexual debían gritar mucho para que fuera muy rápido, breve.

Otras menores narran haber sido «frotadas fuertemente», seguramente para provocarles o provocarse algún nivel de estimulación.

En la institución se ha encontrado a niñas intentando masturbarse frente a un grupo de iguales, en el dormitorio. Invariablemente, tal conducta afectó a menores que habían sido agredidas sexualmente por mujeres adultas, en la cárcel.

Las experiencias sexuales de las que pertenecen a pandillas, generalmente son aludidas como «algo que pasó». Incluso sin determinación de sexo, cuando están en los efectos de la ingesta de alcohol o la inhalación de pegamento.

En los últimos años, se ha observado un incremento del incesto y del abuso sexual en zonas de extrema pobreza, bajo condiciones de hacinamiento, por ejemplo, en la zona minera del carbón.

Conclusiones

- Según los resultados de nuestra experiencia, la prostitución de menores, tiene para ellas, connotaciones de «actividad de sobrevivencia».
- Las diferentes formas de contactos con los «clientes» de menores prostitutas, tienen la forma de relaciones de mercado, de lo cual las niñas son las víctimas.
- No debe hablarse de niña prostituta sino de menor prostituida. Es una miserable actividad de sobrevivencia producida por situaciones socioeconómicas y alteraciones sociológicas derivadas de la exclusión y marginalidad. La menor se prostituye como un juego de la calle.
- La pérdida de la realidad que provoca la vida en la calle, y sus relaciones sociales, dañan aún más al menor por las connotaciones morales y religiosas de la prostitución.
- Que existe una sexualidad primitiva de parte del «usuario», sin connotaciones afectivas; y en los menores una sexualidad incomprendida y difusa, y que esta confusión es aún más violenta cuando la agresión proviene de individuos del mismo sexo.
- Que existe una pérdida de valoración de sí misma, la cual se agrava en la medida que aumenta la permanencia en la calle.
- Que en la búsqueda de menores para el abuso sexual, participan individuos de distinta condición social. Generalmente tipificados como de «clase media».
- Que existe una doble moral para enfrentar el problema y que, en principio, los «culpables son los niños».

- Que es un tema difícil de trabajar e investigar. Al tiempo que es difícil no involucrarse afectivamente con aquellos desvalidos seres humanos, llenos de esperanza en la vida.

- Que no se han tocado situaciones ni ejemplos violentos, con el propósito de no agredir al lector innecesariamente. Lo cual no debe confundirse con candidez e irresponsabilidad.

- Que las relaciones humanas se alteran y fomentan formas de machismo y destrucción sutil de seres más indefensos de una sociedad de apariencia intachable en su moral. Esto es producto de la inseguridad, el miedo y el temor que provocó la dictadura y la reproducción de sus formas de poder al interior de la sociedad chilena.

- Que existe un daño social y moral aún no percibido por toda la población y que el enfoque de la rehabilitación debe tomar connotaciones psicosociales para grandes grupos reprimidos y dañados y que involucra, de diferentes formas, a la sociedad en su conjunto.

- Que es necesario superar la visión paternalista hacia la pobreza y hacer un esfuerzo colectivo muy serio de dignificación del ser humano.

- Que las universidades e instituciones educativas de todo tipo, deben promover metodologías de trabajo con sectores sociales excluidos y marginados, para encontrar cauces de real participación e involucrarlos efectivamente en la realidad con el firme propósito de modificarla radicalmente.

*Al igual que muchas otras instituciones de apoyo, utilizamos la categoría «niñas/niños de y en la calle» en el sentido que le otorgan UNICEF, CHILD-HOPE y otras entidades de similares propósitos.

**Concepción: importante ciudad chilena ubicada a unos 500 Kms al sur de Santiago. Centro industrial y segunda en cantidad de habitantes, después de la capital del país.